

**art
buch
wald**

HAMBRE DE INFORMACION

WASHINGTON.—Uno de los grandes problemas de la década que comienza consiste en que, por haberse construido tantas máquinas computadoras, habrá escasez de información para alimentarlas.

El profesor Heinrich Applebaum, director del Centro de Multiplicación de Computadores, en Grogbotton, ha expresado su preocupación por esta crisis y ha urgido la adopción de un programa de emergencia para producir los datos suficientes para que tengan funcionando a las computadoras en la nueva década.

—No sabemos —me dijo el profesor— que las computadoras iban a absorber tanta información en tan poco tiempo. Pero si nuestras cifras son correctas, toda la información existente habrá sido consumida para el doce de enero de mil novecientos setenta y seis y se producirá un hambre de datos que puede extenderse al mundo entero.

—El problema parece serio... —dijo.

—Realmente, lo es. El hombre ha creado un monstruo. Al inventar la computadora no nos dimos cuenta de que no habría suficientes estadísticas para alimentarla. Ahora mismo, muchas máquinas se están muriendo de hambre por esa razón. Al mismo tiempo, existe una explosión demográfica en ese ramo: su construcción ha aumentado un treinta por ciento al año. Excluyendo algún holocausto mundial, pronto tendremos que hallar datos para treinta millones de computadoras, sin contar varios miles que nacen todos los días.

—El panorama es realmente aterrador —comentó.

—Lo es. La nueva generación de computadoras es más complicada que la anterior y se niega a permanecer quieta cuando no hay nada que analizar, calcular o computar. Dejadas a su antojo, sólo Dios sabe lo que puede ocurrir.

—¿Existe alguna solución, profesor?

—Deben encontrarse nuevas fronteras de información. Deben estudiarse todas las posibilidades de las máquinas. La comunidad científica, en vez de tratar de resolver sus problemas con computadoras, debe crear problemas para ellas.

—¿Aunque en realidad no le interesen los resultados?

—Naturalmente. La comunidad científica inventó la computadora; ahora debe inventar modos de alimentarla. No quiero parecer un alarmista, pero puedo imaginarme el día en que millones de computadoras estén peleándose como salvajes por la más mínima cantidad de información.

—¿Existe alguna esperanza de que el gobierno abra los ojos ante este peligro?

—Tenemos preparado un programa para pedirle al gobierno cincuenta millones de dólares con el fin de establecer en el país una serie de fábricas de datos. Serán mezcladas con frijoles y, de este modo, podrá alimentarse a centenares de miles de familias de computadoras al mes. Finalmente, estamos abogando por la adopción de un programa para controlar la natalidad de las computadoras. Obligándolas a tragarse algo de información errónea, podremos esterilizarlas, haciendo imposible que produzcan más descendencia.

—¿No abogaría usted por aplicar el aborto a las computadoras?

—Sólo si la computadora del Vaticano da su aprobación...

(Copyright, 1969, The Washington Post. Co.-Distribuido por Editors Press Service Inc.-Agencia Zardoya.)

Guerra y Semántica

EL PENTAGONO SOSTIENE LA GUERRA BIOLÓGICA

Un nuevo ejemplo de cómo la distorsión del lenguaje, la traición semántica, tiene una importancia capital en el mundo de hoy nos lo da la transformación del concepto de «guerra biológica» en Estados Unidos. Nixon anunció en el mes de noviembre, cuando estaba reunida la Asamblea General de las Naciones Unidas, que su país renunciaba a la guerra biológica y que daba orden de que se destruyeran todas las armas de este tipo. La noticia abrió un margen de confianza en el ámbito internacional, ayudó las conversaciones de Helsinki sobre reducción de armamento y aumentó la deteriorada cota de popularidad

duce la muerte de un individuo en una dosis de 0,12 millonésima de gramo; quinientos gramos acabarían con la humanidad entera, bien administrados. En el arsenal de Pine Bluff, Arkansas, hay almacenados doscientos mil proyectiles cargados con toxina botúlica, y otros con otras toxinas igualmente venenosas. Según las palabras de Nixon, estas armas biológicas debían haber sido destruidas. Pero al ser clasificadas ahora como armas químicas, podrán ser conservadas e incrementadas. Es naturalmente difícil saber si Nixon, al referirse únicamente a la guerra biológica y no citar la guerra química,



de Nixon en su propio país. Pero el Pentágono ha reconsiderado la definición de guerra biológica. No es aquella que tiende a destruir la estabilidad biológica del enemigo, la que propaga enfermedades o infecciones, sino la que está provocada por agentes biológicos. Los agentes biológicos, para responder honradamente a su propio nombre, deben ser «vivos». Las toxinas son prácticamente venenos producidos por bacterias vivas, pero pueden ser considerados perfectamente como productos químicos no vivos. No caen, por consiguiente, bajo la prohibición presidencial. Una de estas toxinas es la llamada botúlica. Está producida por el «bacillus botulinus», que se encontraba en las conservas en mal estado y en los embutidos («Botulus» es, en latín, salchicha). Se dice que la toxina botúlica pro-

al no especificar su concepto de lo que puede ser la guerra biológica, tenía ya calculada esta salida, o si, por el contrario, ha sido una astucia del Pentágono al utilizar en su conveniencia las incompletas palabras del discurso presidencial. En lógica moral, la condena a la guerra bacteriológica se refiere siempre a la calidad de los destrozados que puede causar y no al matiz insignificante de si el agente productor puede estar calificado o no como dotado de vida —frontera de vida y no vida, por otra parte, está aún pendiente de definición por parte de los científicos—. Por otra parte, si todo depende de una definición presidencial, la supuesta confusión semántica podría acabar con una nueva declaración perfectamente explícita. La ambigüedad, en estos casos, es una culpabilidad.

Tercer Mundo

EL NEGOCIO DE LAS ARMAS

El anuncio de que Francia vende a Libia un cierto número de aviones de combate «Mirage» (probablemente, cincuenta) ha provocado un cierto escándalo que Francia ha tratado de contrarrestar, publicando

cifras de ventas de material de guerra a los árabes realizadas por otros países: de 1962 a 1968, los americanos han vendido armas a Iraq por valor de diecinueve millones de dólares, país que ha recibido también



«Mirage»: El escándalo va con ellos.

ochenta tanques «Centurión» y veinticinco «jets» «Hunter», de Gran Bretaña; quinientos tanques, trescientos cañones antiaéreos y ochenta aviones de combate, de la URSS. Arabia Saudita ha recibido, ya desde 1964, noventa tanques, dieciséis aviones de combate, siete aviones de transporte, dos baterías de cohetes antiaéreos, dos baterías de misiles «Thunderbird» y veinte helicópteros, de los Estados Unidos; doce cazas «Hunter» y cuarenta y seis «Lightning», de Gran Bretaña. Siria y Egipto han adquirido armas a la URSS por valor de «cientos de millones de dólares». En cuanto a Israel, al que los Estados Unidos acaban de vender cincuenta aviones «Phantom», está recibiendo armas regularmente de varios países occidentales; muy especialmente, de Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania Federal. «Daily Mail», de Londres, acaba de revelar que Gran Bretaña ha vendido, en secreto, dos-

cientos tanques «Centurión» a Israel. Al margen de estas ventas oficiales existe el contrabando de armas, realizado por traficantes especializados, muchas veces conocidos de los gobiernos y con su anuencia. Esta grave política de armamento de una zona especialmente peligrosa se trata de justificar por la tesis del «equilibrio», que supone que hay más posibilidades de paz si los contendientes están en posesión de un mismo número de armas; tal tesis oculta generalmente un negocio de Estado. La fabricación de armamentos está concebida como una empresa y, a veces, los ministros de Defensa se convierten en verdaderos viajeros de comercio. Francia, con sus «Mirage», ha realizado en el mundo una verdadera propaganda comercial. Por otra parte, las armas son el más típico producto de consumo antes de llegar a ser usadas se «van de moda», se inutilizan por el desarrollo técnico propio y del enemigo designado. Envejecen

Economía

LA CRISIS DE LA MINERÍA ASTURIANA

El problema laboral en las cuencas mineras asturianas vuelve a cobrar actualidad a raíz de las huelgas masivas de las últimas semanas: en realidad, las tensiones socioeconómicas de todo tipo que han afectado a la región asturiana desde 1961-1962 han constituido, apenas sin altibajos, una de las más constantes —y significativas— características de la evolución del capitalismo español en la última década. Asimismo, debe considerarse la actual situación planteada en HUNOSA dentro de un contexto —crisis de la minería del carbón, creación de la factoría de Veriña de UNINSA, desmantelamiento industrial de núcleos tradicionales, quiebras de muchas empresas comerciales y de servicios, etcétera, etcétera— enormemente ilustrativo de los problemas que plantea un determinado proceso de crecimiento económico general del país sobre toda una región, geográfica, social y económicamente muy delimitada, con una larga tradición industrial y con una dinámica social que, en muchos momentos, ha protagonizado la historia del movimiento obrero español (véase a este respecto la obra, de reciente publicación, «El movimiento obrero en Asturias», de David Ruiz).

El primer hecho al que hay que referirse para intentar explicar las tensiones que vienen produciéndose desde hace años en Asturias es a la crisis de la minería de la hulla, puesta de manifiesto, de forma inequívoca, cuando a raíz de los conflictos colectivos de 1961 y 1962, en demanda de mayores salarios, el sector de la minería, asentado sobre las viejas bases estructurales creadas en las dos primeras décadas del siglo, y basado fundamentalmente en el bajo coste del factor trabajo, comienza a resentirse agudamente, entrando en un proceso irreversible de crisis. Las elevaciones de salarios y la disminución de los trabajadores empleados en el sector coinciden con un estancamiento de la producción desde entonces. La iniciativa privada —ante el cambio de perspectiva de rentabilidad de las explotaciones— traspasa al INI, en pocos años, la mayor parte de los activos: será el sector público el que —socializando las pérdidas— se enfrente ahora (HUNOSA) con una crisis de producción —y con las tensiones sociales que la acompañan—, que no es sino el resultado de las condiciones históricas en que se ha venido desenvolviendo el proceso productivo, junto a la baja calidad de los productos obtenidos. Es una crisis de capital, de técnica, de productividad, de dimensión de las plantas industriales. Como hemos dicho en otras ocasiones, es la quiebra de todo un sistema que conoció sus mayores auge —y esto es ciertamente representativo— durante la I Guerra Mundial y en el período autárquico de los años 40 y 50. De esta forma, se asiste a la liquidación definitiva de una situación histórica sobre la que se ha asentado el capitalismo tradicional español y que ha constituido una fuente de acumulación permanente durante muchos años, correlativa con un sistema de protección arancelaria de tal intensidad que hacía innecesaria para sus beneficiarios cualquier modernización de las explotaciones. Hecho que coincide, en los últimos años, por otra parte, con la aparición y desarrollo de otros sectores e intereses dentro del capitalismo español, así como con una nueva orientación de la política comercial.

En segundo lugar, hay que apuntar, en el marco actual de las tensiones que se registran en los centros industriales asturianos, a otro problema, que tampoco puede considerarse ajeno al anterior: es el

planteado con la creación de la Factoría Siderúrgica de Veriña, en las proximidades de Gijón, en la que UNINSA quiere localizar la mayor parte de su producción, procediendo, por ello, a desmantelar progresivamente los complejos instalados desde hace muchos años en La Felguera, Mieres y Moreda. Esta concentración del capital y de la producción siderúrgica asturianos, al margen de cualquier planteamiento de conjunto y sin unas mínimas pautas de planificación regional, está provocando toda una serie de tensiones no sólo entre la mano de obra directamente afectada, sino también, como resulta lógico, entre aquellos sectores industriales, comerciales y de servicios sobre los que repercutirá, sin duda, el decaimiento de los centros tradicionales de población. En este contexto es en el que se inscriben las constantes y agudas tensiones conflictuales que se desarrollan tanto entre la pequeña burguesía como entre la clase trabajadora de Langreo, La Felguera y de otros núcleos de la cuenca del Nalón. La confluencia de distintos intereses, la estrechez de los cauces legales de representación, las débiles posibilidades de reivindicación organizada, etcétera, etcétera, han creado en torno al problema planteado una situación dramática (que acapara la atención de los órganos de prensa asturianos, «La Voz de Asturias», «La Nueva España», «El Comercio», «Asturias Semanal», etcétera, etcétera, y, en general, de toda la prensa del país) que pone de manifiesto (junto a otros extremos: ausencia de una adecuada estrategia reivindicativa de determinados grupos, sectores e intereses, etcétera) la incapacidad de la planificación indicativa —y del régimen de Acción Concertada— para llevar a cabo un programa racional de reconversión y desarrollo regional que debía haberse previsto con mucha anterioridad —dadas las experiencias similares de otros países europeos y la crisis que se anunciaba a partir de 1962—. En definitiva, la ausencia de una política económica capaz de hacer posible una reconversión necesaria —de la actividad industrial y de la mano de obra— en función de los intereses prioritarios de la comunidad y con un escalonamiento en el tiempo adecuado a la creación de servicios, redes comerciales, transportes, etcétera, etcétera, necesarios para la satisfacción de las nuevas necesidades sociales que genera un proceso de esta naturaleza.

En estas circunstancias, la necesidad de una respuesta global al actual proceso de concentración del capital vinculado a las industrias básicas asturianas se hace más apremiante; y se trata, ante todo, no de entonar de nuevo las lamentaciones de «La Aldea Perdida», sino de definir una alternativa a un proceso de reconversión que únicamente está siendo orientado por los intereses del capital, generando, dada su naturaleza, toda una serie de tensiones, desequilibrios y costes sociales —traspasados al sector público a través de HUNOSA— y que recaen sobre grandes sectores de la población asturiana. No hay que olvidar que, en menos de diez años, la minería en esta región va prácticamente a desaparecer, al mismo tiempo que la geografía urbana e industrial habrá de registrar fuertes alteraciones. ¿Se ha pensado realmente cuál va a ser el destino de los sectores de población afectados por este proceso, del cual los actuales conflictos laborales constituyen sólo una secuencia más —ni la primera ni la última— que volverá a repetirse con desiguales grados de intensidad en los próximos años? ■ ARTURO LOPEZ MUÑOZ.

en los arsenales. La solución económica está en venderlas a países de nivel inferior en materia de armamento, o en condiciones de utilizarlo inmediatamente. Todo el tercer mundo está repleto de armas «civilizadas», de armas sobrantes o expresamente fabricadas por los países ricos. Las nuevas soberanías han estado fascinadas por la vieja teoría —en vigor también en el mundo desarrollado— de que sólo un país bien armado y fuerte puede ser independiente. Estas adquisiciones de armamento les han sido fatales en muchos casos: no sólo han desequilibrado presupuestos nacionales muy estrechos y han distraído

fondos que serían enormemente eficaces en la industrialización y en la educación, sino que han contribuido a deformar las doctrinas militares y convertirlas en militarismo trastornando los equilibrios políticos civiles en muchos países. Muchos conflictos locales se han convertido en guerras sangrientas, como en Nigeria, donde la Federación estaba nutrida de armas soviéticas y británicas, mientras Biafra las recibía de Estados Unidos y de Francia. Muchas veces, el aspecto político de estas operaciones llamadas de «ayuda militar» oculta su simple forma de negocio, de simple exportación.

Prensa SPRINGER, S. A.



Springer: La creación desborda a su creador.

Desde el primero de enero, la Prensa Springer, de Alemania Occidental, ha pasado de ser una empresa personal a convertirse en sociedad anónima. Según el propio Springer, es la repetición de un fenómeno conocido: la creación desborda y supera a su creador. El negocio tiene ya tal envergadura que no puede ser dirigido por una sola persona. La cadena Springer posee 89 por ciento de los periódicos interregionales, 85 por ciento de los periódicos dominicales, 44 por ciento de las revistas de radio y televisión y 30 por ciento de los semanarios de Alemania Occidental. Tirada semanal de ejemplares de todas las publicaciones, cuarenta millones de ejemplares (población total del país, cincuenta y ocho millones de habitantes). Situado políticamente a la derecha, fuertemente conservador, Springer disponía —y sigue disponiendo, a pesar de la conversión en sociedad anónima— de una importante arma política. La lucha contra la «Prensa Springer» es un «slogan» de combate en todos los mítines y manifestaciones de Alemania. Springer es hijo del propietario de un periódico local, en Altona (Hamburgo), que durante el período nazi dedicó sus talleres a la publicación de obras científicas y técnicas. Axel fue declarado inútil para el servicio militar y no participó en la guerra. Estas dos condiciones y su carácter puramente conservador le consiguieron el primer permiso aliado para publicar periódicos, al terminar la guerra, y ello fue la base de su gran industria. Se dice que fueron especialmente los ingleses los

que le favorecieron; se lo ha agradecido eternamente y todas sus publicaciones son anglófilas. Se ha dicho, también, que permiso y anglófilia no parten de bases enteramente puras. Todas sus publicaciones tienen aspecto «popular», pero fondo político. Es decir, que dedican gran parte de sus páginas, y especialmente de la primera, a los sucesos de sangre, las bodas de las princesas y los escándalos de las actrices, como elemento básico comercial, y, según sus enemigos, utiliza este cebo para infiltrar ideas políticas. Springer sostiene que no tiene intereses políticos y que se considera neutral, aunque su tendencia es la de favorecer el poder establecido. Su mayor campaña contra el poder ha sido el intento de que el Estado abandone la explotación de las cadenas de televisión y su monopolio, y ello porque cree que significan una concurrencia grave para la prensa. Lo cual no impide que la base de su fortu-



Augstein: el enemigo solitario.

na esté en las publicaciones dedicadas precisamente a la televisión y a la radio. Su principal enemigo es Rudolf Augstein, fundador y director de «Der Spiegel». Su semanario está solo. No pertenece a ninguna cadena y ello por principio: Augstein sostiene que las grandes concentraciones periodísticas como la de Springer perjudican la libertad de prensa. Fue también protegido por los ingleses después de la guerra y su primer periódico, «Diese Woche», estuvo sostenido por ellos. Lo convirtió luego en «Der Spiegel» («El

espejo»), que tira hoy un millón de ejemplares. Debe su fama a la claridad con que ha denunciado todos los abusos políticos. Ello le valió, en la época Adenauer, tres meses de prisión, después de haber sido acusado de «alta traición» por su campaña contra el ministro de Defensa, Strauss. Pero Strauss tuvo que dimitir. A pesar de su continua lucha contra Springer, Augstein tiene un contrato con él: los talleres de Springer son, desde 1967, los que imprimen «Der Spiegel», de Augstein.

Año 2000 LA PROGRAMACION DEL OCIO

Según el periódico «Die Welt», en un comentario a una conferencia del profesor Horst Wagenführ, en el año 2000 los alemanes contarán con doce semanas anuales de vacaciones, aparte los períodos de descanso dedicados al perfeccionamiento profesional. En 1933, los alemanes disfrutaban sólo de tres días de vacaciones, de quince en 1945 y en el próximo 1985 de treinta y cinco, hasta alcanzar, a final de siglo, la cifra anunciada, repartida proporcionalmente entre el invierno y el verano. El 15 por ciento de los ingresos que hoy se dedican a los

gastos más o menos superfluos —es decir, todo lo que no sea casa o comida— se elevará, en el año 2000, a un 40 por ciento. El problema, entonces, consistirá en organizar el tiempo libre, ya que el hombre aún no ha aprendido a ser ocioso. Junto al ocio propiamente dicho y al perfeccionamiento profesional, el hombre tendrá que hacer algo que le dé confianza en sí mismo. En consecuencia, las agencias de turismo y similares habrán de vender experiencias, vivencias, y no solamente vacaciones.

TVE: «LA SINCERIDAD COMO TERAPEUTICA»

Como quien no quiere la cosa, quizá sin medir el alcance del tema, de pronto, desde un cotidiano programa de TVE, surgió la cuestión. Al doctor entrevistado se le preguntó qué entendía por sinceridad, y el doctor habló en seguida de sus límites: el «daño a los demás». Procedimiento que recuerda un poco aquella vieja definición académica de libertad, según la cual ésta consistía en la facultad natural que tiene cada uno para hacer o decir lo que quiere, menos aquello que, por fuerza o derecho, está prohibido.

El método de definir la libertad o la sinceridad a través de sus limitaciones parece lógico. Quizá sea, sin embargo, tramoso. En realidad es un modo de remitir la respuesta a una nueva pregunta, y así sucesivamente hasta llegar a una «cuestión de principio», cuya solemnidad raramente enmascara los intereses socioeconómicos que la determinan y que luego seguirán ordenando el gran encadenamiento de argumentaciones.

¿Cuándo se hace daño a los demás? He aquí la pregunta que sustituye a la de «qué es la sinceridad? Para la mentalidad general, el daño a los demás está justificado —es casi consustancial a él— si obedece al propio lucro. Sólo cuando este lucro se encuadra en los móviles del transgresor tipificado por la ley, o sea, del llamado delincuente, se convierte en un agravante en vez de ser tenido por justificación. Y es que, concebida la convivencia como una competición, es lógico que cada cual haga cuanto esté en su mano por llegar a la meta entre los primeros. Como, además, el ser primero da derecho a establecer el reglamento de las nuevas carreras, es igualmente lógico que los vence-

dores procuren, a través de lo que llaman las reglas del juego, asegurarse nuevas victorias. El «daño a los demás» es presentado, desde esta óptica competitiva —o mejor, pseudo-competitiva, puesto que hay un sistema de handicaps y ventajas preestablecido—, como un hecho inevitable, contra el que sólo cabe el gesto compasivo del vencedor hacia los desfallecidos derrotados.

En cambio, cuando la sinceridad —respetemos el término utilizado por TVE—, la búsqueda de una vida sin contradicciones, el propósito de adecuar las relaciones personales a las propias ideas provoca el más mínimo choque, el concepto de «daño a los demás» rebrota vigoroso. ¿Acaso podría, a la larga, hacer daño a nadie la transparencia individual? ¿No son la coherencia y la claridad dos de las máximas aportaciones que el individuo puede hacer a la sociedad? Cualquier ideología, cualquier programa político, cualquier lucha social resulta sustancialmente imbécil —encuadrable en las manifestaciones, a veces fastuosas, a veces emocionantes, de la alienación— si no cuenta, entre sus objetivos últimos, la realización del hombre, su serenidad, su coherencia y su libertad.

¿No será, muchas veces, el llamado «daño a los demás» simple daño a las reglas de juego establecidas? ¿No habremos alzado a través de tantos códigos y principios una red de argumentos que permite a unos la agresión y a otros prohíbe la defensa?

Ciertamente, la sinceridad podría ser la gran terapéutica individual y social. Cuando los creadores hablan de realismo se refieren a eso: a la necesidad de crear una imagen no